



REVISTA

Buceadores

Edición N° 96

30 Junio 2025

EQUIPO REVISTA

Director y Redacción
Julio Salamanca M.

Fotografía Portada:-
Julio Salamanca

Diseño / Webmaster
Cristian Sánchez P.

Fotografías:
Julio Salamanca

ESPECIAL

3

El riesgo del buzo mariscador

Síguenos en:



@buceadoreschile

revista@buceadores.cl



buceadoresrevista



EL RIESGO DEL BUZO MARISCADOR

por Julio Salamanca M.

El día comienza antes que el sol. En una caleta del norte, el silencio se rompe con un sonido metálico, insistente, casi áspero. Es un compresor hookah, con claros rastros de oxido. Sobre la embarcación, una manguera se extiende como una línea vital hacia el mar. No hay ceremonia. No hay discurso. Solo rutina.

Un hombre ajusta su traje, se acomoda la máscara y toma la boquilla. Respira. No es aire propio. Es aire prestado.

Minutos después, desaparece bajo la superficie.

Desde arriba, el mar parece calmo. Desde abajo, comienza otra historia.



Oficio aprendido en el agua

En las costas del norte de Chile, desde Iquique hasta caletas más aisladas, el buceo mariscador no se enseña en aulas. Se aprende mirando, repitiendo, equivocándose.

“Yo aprendí con mi viejo. Primero a resuello, mirando, después bajando de a poco. Nadie te explica mucho, el cuerpo aprende solo”, cuenta Enrique, buzo desde hace más de veinte años.

El sistema es simple y brutalmente efectivo: un compresor en superficie envía aire a través de una manguera. El buzo desciende sin autonomía, sin instrumentos, sin regulador de emergencia, sin computador, solo con la fe... Depende completamente de ese flujo constante.

No hay margen para fallas.

Las jornadas pueden extenderse por horas, con múltiples inmersiones. El objetivo es claro: extraer lo suficiente para que el día valga la pena.

Pero en el fondo, cada descenso es también una negociación con el riesgo.



El cuerpo bajo presión

A medida que el buzo desciende, el mar comienza a ejercer su ley. La presión aumenta, el entorno cambia, el tiempo se vuelve relativo.

Aquí entra en juego un principio físico que pocos mencionan, pero que todos sienten en algún momento: la Ley de Henry.

En términos simples, mientras más profundo se baja, más gases como el nitrógeno se disuelven en la sangre. El problema no es estar abajo. El problema es cómo se sube.

Si el ascenso es demasiado rápido, ese gas forma burbujas dentro del cuerpo.



El resultado puede ser devastador:

- Dolor intenso en articulaciones
- Mareos, confusión
- Parálisis
- Daño neurológico permanente

“Una vez me pilló la maquina, terminé hospitalizado pascua y año nuevo, pero seguí buceando, no tenía idea de gases, yo buceaba no mas, por horas, ni se a cuantos metros. Después no podía mover bien las piernas”, recuerda Enrique. “Igual volví a trabajar. ¿Qué iba a hacer?”

El mar no da tregua, pero la necesidad tampoco.



Trabajar con el límite

El buzo mariscador no solo enfrenta la presión física del agua, sino también la presión económica.

El pago depende de lo que se extrae. Más profundidad puede significar más recursos. Más riesgo, también.

En ese equilibrio precario, las decisiones se vuelven cotidianas:

- Bajar un poco más
- Quedarse unos minutos extra
- Repetir una inmersión aunque el cuerpo lo resienta

No se trata de irresponsabilidad. Se trata de supervivencia.

“Si no bajas, no hay plata. Así de simple”.

La lógica es directa, sin adornos. Cada jornada es una apuesta.

Equipos que sostienen y fallan

El sistema hookah, basado en compresor y manguera, es común en estas faenas. Pero no siempre opera en condiciones óptimas.

Compresores adaptados, mantenimiento irregular, mangueras expuestas al desgaste, compresores en paupérrimas condiciones, óxido comiendo todo, trajes en mal estado, aletas rotas; Todo forma parte del escenario.

El aire que llega al buzo puede variar en calidad. La presión puede fluctuar. Y cualquier interrupción, por breve que sea, se siente de inmediato.

“Cuando el aire baja, uno lo siente al tiro. Es desesperante. Tenés que subir rápido, no hay otra”.

Ese momento, breve pero crítico, concentra todo el riesgo del sistema: la dependencia absoluta.

Si ya todo este relato es terrible en cuanto a seguridad del buzo, imaginemos que se buceo solo.

“había un bucito aquí en la caleta que buceaba solo, un día veíamos su embarcación a lo lejos, todos ya veníamos de regreso, y sabíamos que el siempre andaba solo, era joven y buen buzo, así que nadie le extraña, paso el tiempo y ahí seguía. Hasta que ya se hizo tarde y no pasaba nada, resulta que los fuimos a ver y estaba muerto, quizás cuanto rato, el motor estaba apagado muchas horas habían pasado, estaba entrampado entre unos huiros” comenta Enrique.

La delgada línea de la regulación

Chile cuenta con normativas para el buceo profesional. Existen protocolos, estándares, exigencias técnicas.

Pero en la práctica, la realidad del norte es más compleja. En muchas caletas:

- La fiscalización es limitada
- La capacitación formal no siempre está presente
- El conocimiento se transmite de manera informal

No es un vacío total, pero sí una brecha evidente entre lo que la ley establece y lo que ocurre en terreno.

Y en esa brecha, el buzo sigue bajando, preguntando por preguntar, son menos del 50% que posee matrícula de buzo mariscador, y menos los que han tenido cursos con algún tipo equipamiento autónomo, la mayoría parte por necesidad y en el camino van aprendiendo algo que les puede costar la vida o su

salud.



El cuerpo como registro (el mal del buzo)

Con los años, el cuerpo empieza a hablar.

Dolores en las articulaciones, fatiga persistente, pérdida de movilidad. Algunos lo asumen como parte del oficio. Otros lo ven como una advertencia.

Hay quienes han sufrido accidentes graves y siguen trabajando. No por elección romántica, sino por necesidad.

“El cuerpo queda marcado. Pero uno se acostumbra. O aprende a ignorarlo”, dicen

El problema es que el cuerpo no olvida. Solo acumula.

Cada inmersión mal realizada deja una huella, aunque no siempre visible.

Hay momentos en que el margen se rompe.

Un ascenso mal calculado, Una falla en el aire, Un descuido mínimo; Entonces entra en escena la emergencia.

Organizaciones como el Bote Salvavidas de Iquique o la Armada de Chile conocen bien estos escenarios. Rescates, traslados, coordinación en situaciones críticas.

Pero incluso con respuesta rápida, el daño muchas veces ya está hecho, debemos pensar en que no hay cámaras hiperbáricas repartidas en cada caleta a lo largo de nuestro país.

El mar no avisa. Solo responde.

A pesar de todo, hay una comunidad fuerte en torno al oficio. Se comparten datos, zonas, experiencias. Se aprende del error ajeno. Se cuidan entre pares, dentro de lo posible.

Pero también hay silencio. Muchos accidentes no se registran formalmente. Muchas historias quedan en la caleta, entre quienes las vivieron.

No hay estadísticas completas para lo que ocurre bajo el agua. Solo relatos.

Y esos relatos, repetidos en distintas voces, construyen una verdad difícil de ignorar.

El compresor se apaga al final del día. El ruido cesa. El mar vuelve a su apariencia tranquila.

Pero la pausa es momentánea, el oxido no duerme, los trajes no se autoreparan.

Al día siguiente, todo se repite.

La manguera vuelve al agua.

El aire vuelve a circular.

El buzo vuelve a descender.

Respirar prestado no es una metáfora en estas costas. Es una condición diaria.

Y mientras el sistema no cambie, mientras el riesgo siga siendo parte del equilibrio, habrá hombres que bajen una y otra vez, confiando en una línea de aire que los mantiene vivos.

Allá abajo, donde el mar aprieta y el tiempo se diluye, no hay espacio para discursos.

Solo para respirar. Y seguir.

REVISTA - BUCEADORES

